

CRONICA MEDICA.



VELADA EN HONOR DE MR. THIERS.—Como se habia anunciado, la Sociedad de Geografia y Estadística de la República Mexicana, celebró el miércoles 24 de Octubre una sesion extraordinaria en honra de su ilustre socio honorario *Luis Adolfo Thiers*.

A las ocho y diez minutos se presentó el Presidente de la República, acompañado de sus Ministros de Relaciones y de Fomento; el Secretario, Sr. Ramirez, dió lectura al acta de la sesion anterior, y en seguida el Secretario, Sr. Altamirano, pronunció un elegante discurso que duró tres cuartos de hora; aquellos tres cuartos de hora nos parecieron un momento; tan interesante, tan elocuente, tan sublime, por decirlo de una vez, fué el discurso del Sr. Altamirano; es una pieza literaria que no solo honra al Secretario de la Sociedad de Geografia, sino al país, por su estilo, por sus concepciones, por su fluidez, por sus figuras y por sus apreciaciones. El Sr. Altamirano debe estar orgulloso, tanto por su discurso, como por su manera de decirlo; lo felicitamos con entusiasmo, y deseamos verlo publicado para recrearnos con su lectura.—Mereció nutridos aplausos.

Despues, el Sr. Lic. Justo Sierra leyó una poesia, que como todas las suyas fué el reflejo de su talento. Tocó su turno al Sr. Dominguez, quien llevó la palabra por la Academia de Medicina, pronunciando el discurso que insertamos en seguida.

Sucesivamente ocuparon la tribuna los representantes de las Academias y Sociedades científicas de la Capital, y terminó la velada á las once y media de la noche, habiendo ántes dado las gracias Mr. A. Belut á nombre de la Colonia Francesa.

La concurrencia pasó de 120 personas, entre las que figuraron los representantes de las naciones extranjeras. El salon estaba elegantemente arreglado, y frente al asiento principal se veía el retrato del eminente estadista Mr. Thiers y sus obras notables; abajo de ellas se hallaba colocada una corona, y en su centro las iniciales en letras de oro del ilustre finado.—El discurso del Dr. Dominguez es el siguiente:

SEÑORES:

La Academia de Medicina, en representacion de la que cábeme la honra de ocupar esta tribuna, simpatizando con el justo duelo de la Sociedad que nos ha convocado, me encarga venga en su nombre á ofrecer una humilde violeta para que sea trezada en la fúnebre corona que se dedica al distinguido estadista, al eminente historiador Luis Adolfo Thiers. Nada importa para nuestra pena que el hombre cuya pérdida deploran las letras, naciera bajo un cielo que no es el mexicano: Thiers no perteneció á la Francia exclusivamente, como no han pertenecido exclusiva-

mente á México Clavijero, Alaman, Zavala, y Mora; Thiers era miembro como lo fueron los ilustres mexicanos citados, y como lo son tantos otros hombres, orgullo de distintos pueblos, de la noble familia que tiende á la perfectibilidad social, cuya patria es el mundo y su vehemente aspiracion la gloria. Razon hay, pues, y grande, para que, como en Francia y en todas las naciones donde la Ciencia tiene sus representantes, en México sea sentida y deplorada la muerte del que por su genio supo elevarse desde la cuna pobre y oscura en que le colocaron sus honrados padres, hasta el más elevado puesto de las gerarquías sociales, enseñándonos de este modo cuánto más envidiable es iluminar el sepulcro con los destellos de una vida alimentada por la inteligencia y por el trabajo, que adquirir en brillante cuna la efímera, la desmayada luz de un nombre que luego se confunde entre los nombres vulgares.

Los distinguidos intérpretes de nuestro comun sentimiento, han dicho ya cuántos y cuáles son los títulos con que el ilustre difunto reclama nuestras lágrimas. Para qué insistir en ello? La biografía de M. Thiers no cabe en un discurso de la naturaleza de éste: básteme decir que destinado por la Providencia á ser actor en los grandes sucesos políticos de Francia, con el fuego de sus escritos redujo á pavesas el cetro absoluto de los sucesores de Enrique IV; con el vigor de su elocuencia hizo pasar la corona de San Luis de la dinastía borbónica á la casa de Orleans, y con sus virtudes cívicas se conquistó á tal grado el amor y la confianza de sus conciudadanos, que éstos le alzaron á la silla presidencial una vez roto el trono de Carlo Magno. Básteme agregar que en esta larga y fatigosa carrera el nombre de M. Thiers vino siempre simbolizando la libertad bajo la ley, el progreso por el trabajo, la gloria por la virtud. Bellos títulos á la admiracion y al respeto universal! Títulos harto grandes para que tal nombre quede grabado por siempre con brillantes caractéres en el bronce de la historia!

Y así sucederá sin duda. Bien podemos asegurar que las generaciones futuras, por dilatada, por interminable que su cadena sea, seguirán oyendo la voz del sabio que estimamos con solo abrir las elocuentes páginas de sus libros; que pasarán los años, que pasarán los siglos, que el despiadado tiempo arrebatará pueblos, conmoverá instituciones, sepultará en sus hondos abismos templos, palacios y cabañas; empero Thiers, como los sabios todos, resistirá á esa ley de destruccion forzosa, y brillará su recuerdo sobre las tumbas y las ruinas como centila una elevada estrella entre los negros girones de las nubes que despedaza la tempestad.

Si esto es morir, ¡quién pudiera morir como Thiers! Paréceme que con más propiedad pudiera decirse que ahora comienza para el insigne difunto la vida positiva; que si su figura se eclipsa entre las sombras que nos cobijan, sus altos hechos reciben la eterna luz de la historia; que si su cuerpo ha caído y tiene que perderse en el seno de la fosa, su recuerdo, que es como si dijésemos el alma de sus nobles hechos, encarna en la humanidad y se perpetuará con ésta.

No es, pues, en verdad, con lágrimas ni con lamentos como debe hon-

rarse la transformacion de personas como la de que venimos haciendo mérito, sino aplicándose en aprovechar sus útiles enseñanzas, siguiendo por el propio camino, trabajando por la verdad, sacrificándose por la patria.

Así, pues, si Thiers se hizo notable en sus trabajos periodísticos, ilustrando al pueblo y nunca degradando su pluma en rencillas personales, trazó con esta conducta á los escritores que acometen la misma empresa, un envidiable sendero en el que pueden encontrarse puestos muy altos ó las gradas del cadalso, pero nunca la deshonra.

Si Thiers debió en gran parte su gloria á los debates parlamentarios, valientemente sostenidos contra los partidarios de los reyes por derecho divino y contra los demagogos, atacando sin piedad los principios que repugnaba, pero respetando á la vez á sus adversarios políticos, debe ser imitado ese proceder tan noble por cuantos quieran para la patria un porvenir digno de ella.

Si Thiers mereció de los suyos amplísima gratitud por la actividad y el tino con que logró, siendo Ministro de Fomento, que la Cámara votase una ley que dió trabajo y recursos á millares de familias que se morian de miseria, la misma amplísima gratitud enaltecerá á cuantos en posicion semejante procuren que las artes vivan, que la industria palpite, que las ciencias hablen.

Si muchas, ó si todas las coronas con que el pueblo francés cubrió el sarcófago de su benemérito compatriota iban humedecidas con el llanto de pueblos enteros, por cuya libertad abogó, y cuya autonomía sostuvo, ¿quién que tenga un corazon sediento de homenajes cariñosos no seguirá tan seductor ejemplo para bajar al sepulcro cargado con esos inestimables presentes?

Si Thiers, por último, se hizo acreedor á la admiracion del mundo, cuando desechado por el oleaje político volvió á su hogar, y en él se consagró á escribir las páginas que lo inmortalizan, rasgo tan sublime, tan propio de las almas grandes, inmortalizará en todos tiempos á quienes acaudalen igual abnegacion y la modestia misma.

Y si el nombre de M. Thiers llena de orgullo á todo el gran pueblo de cuyo cuerpo fué miembro, cuantos imiten á ese hombre, cuantos como él atraviesen el campo de la vida desde la cuna al sepulcro sembrando beneficios y segando gloria, merecerán bien de la patria que siempre se regocija, que se engrandece siempre con la honra de sus hijos.

Yo no desearia para mi México, para este suelo que amo como á mi madre, que es mi delicia y mi orgullo, sino que aquellos de mis compatriotas que están en posibilidad de enaltecerle, cumplan como Thiers la mision que se les ha encomendado, y bajen como Thiers al sepulcro honrados por todos los sabios y llorados por todos los buenos.

México, Octubre 24 de 1877.

MANUEL DOMINGUEZ.

